

DOSSIER

PUBLICIDAD, LITURGIA Y CELEBRACIÓN DE LA INDEPENDENCIA (PROVINCIAS UNIDAS 1816 - ARGENTINA 1916)

Gustavo Paz (Coord.) *(UNTREF - Instituto Ravnani UBA/CONICET)*

Alejandra Pasino *(UBA)*

Ana Wilde *(UNR - UNT)*

Pablo Ortemberg *(CONICET-UBA-CEHP/UNSAM)*

Silvia Finocchio *(UNLP - UBA)*

INTRODUCCIÓN

Artículo *por*

GUSTAVO PAZ

GUSTAVO PAZ

Graduado en Historia por la Universidad de Buenos Aires, y Master of Arts y Doctor of Philosophy en Historia por Emory University (Estados Unidos). Es investigador del Conicet en el Instituto Ravignani/UBA. Se desempeña como profesor titular regular de Historia Americana en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, profesor adjunto regular de Historia de América Latina en la Universidad de Buenos Aires. Ha enseñado en varias universidades argentinas y del exterior (Emory, Nebraska, Paris 7, Salamanca, del Rosario, de Santiago de Chile). Ha publicado numerosos artículos sobre historia política y social argentina en el periodo colonial tardío y el siglo XIX, incluidos en revistas y libros publicados en Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, España, Estados Unidos, Inglaterra, México y Uruguay. Ha sido también coautor de varios libros de texto de Historia para la enseñanza secundaria. Publicó *Las Guerras Civiles, 1820-1870* (Buenos Aires, Eudeba, 2007) y *Desde este día adelante Revolución. Voces del 25 de Mayo de 1810* (Buenos Aires, Eudeba, 2010).

INTRODUCCIÓN

Desde sus inicios a la vida política autónoma la Argentina ha enfrentado dos ambigüedades con respecto a sus orígenes. La primera se refiere a sus hitos de ruptura (o de pasaje) y a sus documentos fundacionales. En 1810 los pueblos del Río de la Plata formaron un primer gobierno que asumió la soberanía y gobernó soberanamente durante seis años antes de declarar su independencia. Si bien otros países hispanoamericanos reconocen esa doble fecha de fundación (formación de una primera junta de gobierno, independencia/s), a lo largo de su historia la Argentina ha celebrado ambas efemérides en paridad. En algunos momentos de particular carga simbólica como los centenarios los festejos de Mayo superaron en pompa y circunstancias a los de Julio.

Consecuentemente, compiten en importancia los documentos fundacionales que le dieron inicio escriturario: las Actas producidas por el Cabildo de Buenos Aires en mayo de 1810 y la Declaración de independencia de julio de 1816. ¿Cuál de ellas es considerado el documento fundacional de la Argentina?

La otra ambigüedad apunta a la denominación de origen de la entidad que asumía su soberanía política: ni las Actas de mayo ni la Declaración de independencia hacen mención a la Argentina. En las Actas capitulares de 1810 el universo al que se aplicó la decisión de formar gobierno es el Virreinato del Río de la Plata, o más precisamente, los pueblos que lo conformaban que por ese mismo acto soberano iniciaron su desmembramiento y pronta desaparición. En la escueta declaración que el 9 de julio de 1816 redactó el Congreso reunido en Tucumán, el sujeto que se independizaba era designado como “Provincias Unidas en Sud América” y no Argentina,

término que no figuraba en ninguna sección del Acta que finalmente la hizo pública. Esta vaguedad evidente remarcaba la incertidumbre que embargaba a los diputados por el futuro de ese acto soberano como así también la ambigüedad de sus alcances (Ternavasio, 2016a).

Desde mediados del siglo XIX estas ambigüedades fueron despejadas por decisiones políticas que fijaron el nombre del país. La obra de historiadores (Bartolomé Mitre en particular) colaboró a establecer la creencia en una nación argentina existente desde antes de su realización en país independiente (Chiaramonte, 2008). A comienzos del siglo XX se celebraron los centenarios de la Revolución de Mayo y del 9 de Julio ya convertidos en verdaderos “lugares de memoria” de la nación argentina (Nora, 1989).¹

En los últimos veinticinco años la historiografía ha puesto en cuestión estas creencias. Un trabajo persistente de demolición mostró que la formación de la nación argentina no se basaba en una idea o sentimiento preexistente sino en un lento proceso de construcción difícil y conflictivo a lo largo del siglo XIX.² Y más recientemente, los historiadores especializados en el estudio del periodo revolucionario de comienzos del siglo XIX han distinguido como dos procesos diferentes (y no dos etapas de un mismo proceso) a revoluciones e independencias. Las primeras suponen una convulsión política centrada en la retroversión de la soberanía a los pueblos americanos dentro de una profunda reorganización de la monarquía hispánica, las segundas la ruptura absoluta de los vínculos con esa monarquía.³

¹ Es interesante comparar el caso argentino con el desarrollo de los cambiantes símbolos y significados de la celebración del Día de la Independencia de los Estados Unidos de América; véase de Bolla, 2008.

² Esta persistente prédica puede seguirse en los trabajos de José Carlos Chiaramonte, en particular el de 1997.

³ Sobre este punto la bibliografía es muy vasta, véase por ejemplo Portillo Valdés (2006). Una reciente revisión historiográfica de este periodo para el Río de la Plata la proporciona el Dossier “Bicentenario de la Independencia, 1816-2016” coordinado por Marcela Ternavasio (2016b).

Los trabajos que se incluyen en este dossier se concentran en dos momentos históricos en torno de la independencia. Los dos primeros hacen foco en la coyuntura que desemboca en 1816; los dos últimos se refieren al Centenario de la independencia celebrado en 1916.

En el trabajo que abre el dossier, Alejandra Pasino indaga sobre las actividades de publicidad iniciadas por los gobiernos revolucionarios rioplatenses en algunas capitales europeas, Londres en particular, donde era notoria la presencia de exiliados liberales españoles e insurgentes americanos a mediados de la década de 1810. Los emisarios rioplatenses encaminaron sus acciones a fortalecer la posición de sus gobiernos ante la opinión pública europea. En pos de ese objetivo, tendieron redes con sus pares de otras juntas americanas y con personalidades centrales en la vida revolucionaria de América, como el mexicano Servando Teresa de Mier que se hallaba en Londres a mediados de esa década. Asimismo, establecieron relaciones con algunas figuras del liberalismo español y con miembros de la oposición al gobierno británico. Lo más notable que muestra la autora es el contacto fluido de los representantes rioplatenses con la prensa de oposición *whig*, algunos de cuyos periodistas figuraban en la nómina de pagos del gobierno del Río de la Plata a cambio de la difusión entre sus lectores de la posición americana y de la publicación en las páginas de sus periódicos de las atrocidades cometidas por las tropas españolas en su represión a la insurgencia. A pesar de estos esfuerzos, el impacto de esta propaganda revolucionaria no parece haber trascendido los círculos *whig* de Londres. El intento del financiamiento a la impresión de obras que abonaran la causa americana (como la famosa *Historia de la Revolución de Nueva España* que Mier dedicó al “invicto pueblo argentino”) por parte de los agentes rioplatenses también parece haberse quedado corto por razones financieras. De todos modos, el artículo recalca el fervor, casi la necesidad, con que los gobiernos revolucionarios rioplatenses intentaron pregonar en el viejo mundo la buena nueva de la revolución en ese lejano rincón americano mediante actividades que podemos calificar sin reparos de propaganda.

En ese lejano rincón, el Río de la Plata, el proceso revolucionario experimentaba cambios tendientes a la búsqueda de su consolidación. Ana Wilde se concentra en los aspectos litúrgicos de la política en el periodo que va desde las abdicaciones de Bayona en 1808 hasta la independencia en 1816. En esos años los pueblos rioplatenses pasaron de celebrar su integración a la monarquía hispánica a la creación de una simbología que colaboró a erosionar las lealtades anteriores y cimentar el nuevo estado independiente. Como señala la autora, en este “profundo cambio en el orden simbólico” las fiestas coloniales pautadas por la liturgia religiosa fueron reemplazadas por festividades de corte político, como el 25 de Mayo, y las periódicas juras de lealtad al rey fueron sustituidas por el juramento de fidelidad a la libertad americana. En Tucumán, la construcción de esa nueva liturgia política se imbricó fuertemente con el pasado reciente local. No era para menos: en septiembre de 1812 Tucumán había sido escenario de una de las principales batallas de la guerra revolucionaria en la que su población tuvo activa participación; casi cuatro años después la ciudad albergaba a los diputados de los pueblos rioplatenses que declararon la independencia de las Provincias Unidas en Sud América. La nueva liturgia intentaba convencer a los habitantes de esas ciudades dispersas de que la reciente independencia inauguraba un nuevo orden que las unificaba en la celebración de un pasado común y las proyectaba a un futuro en el que los excesos de la revolución no tendrían cabida. En palabras de la autora, era una independencia sin revolución. Cuán eficaz resultó ser esta “formación de las almas” (para tomar prestado el título del gran libro de José Murilo de Carvalho) se comprobaría en las décadas posteriores (Murilo de Carvalho, 1997). Pero en Tucumán el orden simbólico inaugurado por la independencia tomó un carácter sacralizado e identitario centrado en los dos decisivos sucesos políticos que imbricaban a la ciudad y su población en un colectivo aun indefinido pero independiente.

Las construcciones simbólicas y los debates en torno de la independencia y cómo conmemorar ese acto fundacional son retomadas por los últimos dos artículos que se refieren al momento

del Centenario en 1916. Pablo Ortemberg nos adentra en los matices, contrapuntos y disputas por el sentido del patriotismo, las formas de conmemoración y la lucha por el espacio público en esa particular coyuntura. El primer contrapunto se da al comparar la intensidad de esa celebración en dos contextos, Buenos Aires y Tucumán. Si en la primera los festejos se vieron opacados por las restricciones presupuestarias que imponía la guerra europea a una economía exportadora como la argentina, el gobierno de la provincia norteña desplegó un esfuerzo febril en la organización de actividades conmemorativas. En esta comparación el autor identifica dos discursos encontrados: en Buenos Aires prevalece uno de corte nativista que pretende hallar las raíces culturales argentinas en los rasgos autóctonos de los escolares que desfilan en las calles tucumanas; en la provincia norteña el discurso oficial se esforzaba por presentar los signos del progreso material y cultural que la insertaban en una patria cosmopolita. Mientras tanto, en las calles de Buenos Aires las tensiones eran otras. Allí se disputaban el espacio público un patriotismo católico que identificaba a la fe con el pasado y los valores patrióticos y desplegaba en sus actos la bandera nacional como símbolo propio con los socialistas y anarquistas, que criticaban tanto la apropiación por los católicos de los símbolos y el pasado nacionales como la insistencia de las autoridades en hacer desfilan a los escolares a la usanza militar. Entre estas tensiones la voz del liberalismo aparece debilitada.

Recuperamos esa voz en la celebración paralela de la independencia y de la educación a la que nos introduce el artículo de Silvia Finocchio. En 1916 el Estado liberal nacionalizador estaba en condiciones de celebrar el Centenario de la Independencia desplegando en paralelo con orgullo sus logros educativos en todo el país. El *Album escolar de Misiones. Homenaje al Primer Centenario de la Independencia Argentina* que la autora tan finamente analiza es una loa a esos logros, pero también una ventana privilegiada a las innovaciones en educación que estaba produciendo un Estado educador que llegaba (como muestra el caso de Misiones) a los confines del territorio nacional. El *Album* propone asimismo una celebración de la cultura escrita en el ámbito

escolar: el Estado fomentaba la lectura y la escritura en áreas alejadas de los centros de producción cultural mediante mesas de lectura donde los alumnos se conectan con los hechos nacionales y mundiales al leer y comentar las noticias de los diarios y periódicos escolares que los propios alumnos redactaban. Las fotografías del *Album* los muestran inclinados sobre las mesas de lectura, en clases prácticas de Geografía e Historia, trabajando en huertas y talleres, formados en actos escolares donde recreaban episodios patrios ocurridos en el periodo de la independencia. En el momento del Centenario, el Estado encargaba a la institución escolar la distribución de contenidos históricos y simbólicos que reforzaban la unidad nacional, de mayor relevancia en territorios fronterizos como Misiones donde muchos alumnos no dominaban el idioma nacional ni se identificaban con su pasado. El *Album* es también la “justificada autocelebración de un agente estatal”, el inspector de escuelas nacionales Raúl Díaz, quien desde 1890 había trabajado para agrandar el sistema educativo público. El encarnaba en su persona a ese Estado liberal, laico, nacionalizador y a la vez cosmopolita que se creía con derecho de mostrar con orgullo los logros de cien años de independencia en el ámbito educativo.

“Al contrario de los poetas, los norteamericanos no nacen, se hacen”, dice un comentarista refiriéndose a las celebraciones del 4 de Julio. Podemos sustituir ese gentilicio por “argentinos” y suscribir la frase referida a la gestación de un pueblo y una nación cuya independencia, como la nuestra, es un punto de partida para un futuro común. A la formación de ese futuro han colaborado varias voces (como muestran estos artículos) que se disputaron -y se siguen disputando con fervor- ese futuro.

Bibliografía

- Bolla, P. (2008). *The Fourth of July and the Founding of America*. Woodstock and New York: Overlook Press.

- Chiaramonte, J. C. (1997). *Ciudades, provincias y estados. Los orígenes de la nación argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Ariel.
- Chiaramonte, J. C. (2008). Del Río de la Plata a la Argentina. En Chiaramonte, Marichal y Aimer Granados (comp.), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina* (pp. 69-94). Buenos Aires, Sudamericana.
- Murilo de Carvalho, J. (1997). *La formación de las almas. El imaginario de la república en el Brasil*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Nora, P. (1989). Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire. *Representations*, 26, Spring 1989, 7-24.
- Portillo Valdés, J. M. (2006). *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*. Madrid: Marcial Pons.
- Ternavasio, M. (2016a). "La independencia y sus silencios", en Gabriel Entin (ed.), *Crear la independencia. Historia de un problema argentino* (pp. 27-54). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Ternavasio, M. (2016b). La historiografía de la independencia: caminos recorridos y desafíos pendientes. *Investigaciones y Ensayos*, 62, 12-21.